

Quien sabe

El sujeto construye yoes porque tiene memoria.

(Carlos Castilla del Pino, *Teoría de los sentimientos*)

EN LA CITA, Castilla del Pino no se refiere a la memoria de datos puntuales, necesaria sin duda ninguna porque es una memoria instrumental que nos permite movernos con más o menos facilidad en el mundo en que vivimos, sino a la memoria evocativa, que tiene la característica de emerger en situaciones precisas, acaso relacionadas con una circunstancia del presente, o bien vinculadas a una necesidad interior de hacer explícita esa memoria que nos devuelve al pasado. Gracias a ella, sigue Castilla del Pino, tenemos biografía, es decir, nos sirve para preservar la continuidad del sujeto a través de la construcción de los diversos e incluso dispares yoes que lo van conformando y que se van sucediendo a lo largo de una vida. Naturalmente no es éste el lugar para desarrollar el juicio concluyente de Castilla del Pino en su ensayo *Teoría de los sentimientos* (Tusquets, 2000) sobre la decisiva utilidad de la memoria en el funcionamiento emocional de cualquiera de nosotros, pero sí nos ha parecido oportuno abrir el editorial con una reflexión que, de algún modo, avala epistemológicamente nuestro trabajo, pues puede aplicarse también a lo colectivo y pensar que una sociedad incapaz de preservar su memoria histórica, su pasado común, no puede desarrollarse saludablemente. La memoria tiene que ver con los sentimientos y con las actuaciones de un sujeto o de una comunidad; es pues un ejercicio de diferenciación, de singularidad, de contraste, de autoafirmación. Se diría que un ejercicio cada vez más necesario para preservar la propia individualidad ante la presión de una sociedad que arrasa con su aura globalizadora y con su voluntad de imponer modelos culturales únicos. Así lo expresa el poeta y memorialista Antonio Martínez Sarrión en su más reciente dietario titulado *Esquivras* (Alfaguara, 2000), cuando dice aspirar a la diferencia antes que a la homogeneidad con sus reflexiones.

A nosotros nos interesa fundamentalmente la memoria literaria, sin duda una decantación de la memoria evocativa. Y esa memoria literaria en los dos últimos años -lapso transcurrido desde la publicación del número cuatro del boletín- se ha desarrollado, en nuestro país, de forma espectacular. La emergencia de la literatura autobiográfica, su despegue después de un largo eclipse intelectual, constituye sin duda el fenómeno literario reciente más llamativo en la cultura española: si lo analizamos, no podía ser de otro modo. Si, en líneas generales, la autoexpresión viene a ser una condición necesaria de la emancipación, la escritura autobiográfica podría significar el puente de acceso del español a su historia, a la construcción de esa historia y también una forma de liberación moral: si *evocar es recordarse* como sugiere Castilla del Pino, cualquier libro de memorias puede interpretarse como el acceso de una vida a su historia, que es colectiva pero también y necesariamente individual. Y en este sentido, llenan de estupor y sorpresa las reservas con que se acoge todavía en los medios académicos o intelectuales ese esfuerzo colectivo de génesis personal. Reserva que contrasta con el fortísimo interés público (de los lectores) y editorial hacia estos géneros. Pero sigue viéndose la escritura autobiográfica, prioritariamente, como una manifestación de la vanidad personal, una forma literaria mediocre del narcisismo caracterológico cuando debe interpretarse de un modo muy distinto: la mediocridad puede verse en quien no alcanza a tener conciencia de sí mismo a la hora de abordar la empresa autobiográfica. Un ejemplo reciente (de la prensa de ayer, 22 de junio de 2001): un escritor presentaba sus memorias. El periodista José Andrés Rojo recoge el comentario siguiente del autor del libro: "No son unas memorias confesionales. Pretender que mi vida tiene un interés testimonial para los demás sería incurrir en un pecado de vanidad insostenible". Resulta incomprensible esa tenacidad en oponerse a la modernidad. No digo que la vanidad no sea un aspecto a tener en cuenta en la *graphie* de toda *bios*, es más, a mi modo de ver, resulta un elemento de juicio fundamental en la impresión final de lectura, pero eso dependerá siempre del yo que narre y de su disposición ante la búsqueda de la verdad.

Lo cierto es que, yendo de lo general a lo particular, la Unidad de Estudios Biográficos sobrevive precariamente en medio de la abundancia y del éxito de la literatura no ficcional. Se diría, se soñaría si es que quedan sueños por soñar, que el momento no puede ser más óptimo para desarrollar los proyectos concebidos por la UEB mucho antes de que saltara la liebre, es decir, antes de que la demanda lectora desplazara su atención de forma contundente hacia libros que de algún modo interpretan *lo real*, el mundo que vivimos. Desde un punto de vista institucional puedo asegurar que a nadie le importa lo más mínimo el trabajo desarrollado por la UEB, nadie ha mostrado hasta la fecha el menor interés por nuestro futuro, con la excepción de rigor que ha hecho más evidente nuestro desvalimiento. Escribe Mary McCarthy en sus *Memorias de una joven católica* que de pequeña, y ante las dificultades que se alzaban a su alrededor, no tenía más que repetir que "la perseverancia todo lo puede" y salía a la calle rebosante de alegría otra vez (aunque la eficacia de la máxima le duró a Mary McCarthy lo que le duró, es decir, poco). La idea de que algún día se nos permitirá trabajar de acuerdo con lo que sabemos hacer y no lo que podemos hacer nos anima a seguir adelante, de momento. Tratándose de la investigación universitaria y en el ámbito de las humanidades donde los proyectos y las investigaciones en curso se ven constantemente semiparalizadas por los aplazamientos, los cambios, la falta de apoyo y la más rigurosa precariedad en política científica, lo único que puede decirse es: quién sabe. De momento nuestro sostén es casi milagroso y desde luego nada que pueda vincularse en absoluto al interés del Estado.

Y de esa forma voluntariosa -que es la palabra que corresponde a lo milagroso- seguimos adelante con el proyecto *Contradiction* (ahora a punto de entrar en su cuarta edición) que ha supuesto hasta ahora la lectura y catalogación de cerca de 6.000 textos autobiográficos escritos por gente anónima y dispuesta a formular en voz alta la historia de sus vidas. La UEB ha colaborado activamente, y sólo en los dos últimos años, en la organización de cuatro congresos sobre la autobiografía: el coloquio en colaboración con la

Comunidad de Madrid (*La literatura de la memoria entre dos fines de siglo*, actas publicadas en 1999 por la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid y coordinadas por Miguel García-Posada), el encuentro de Toledo (*La memoria del futuro*, coordinado por Gonzalo Fernández Parrilla, responsable de la Escuela de Traductores de Toledo y financiado por la Fundación Européenne de la Culture), las jornadas del GEC de Mendoza (Argentina) y por último el congreso en Córdoba, previsto para octubre de 2001 que reunirá los especialistas más destacados en el estudio de la autobiografía. Las publicaciones de nuestro grupo figuran en el capítulo *Varia* al que me remito, pero hay que destacar la publicación del libro de Arcadi Espada (reciente Premio Francisco Cerecedo) *Raval. Del amor a los niños* (Anagrama, 2000), un ejercicio de lucidez escrito al borde del abismo, esto es, en contra de los estereotipos mediáticos que en su día dieron por buenas unas acusaciones carentes de fundamento legal. O bien el libro de Manuel Alberca, *La escritura invisible* (Sendoa, 2000) donde se plantea por primera vez, y con datos extraídos de una completísima encuesta, el alcance real de la escritura diarística en España. O la edición en bolsillo de *Mi vida es mía*, después de las tres ediciones del formato original. Afín a todo ello resulta la publicación del libro de Danielle Corrado *Le journal intime en Espagne* (Publications de l'Université de Provence, 2000), el primer estudio de conjunto sobre el diarismo literario. El libro, excelente, es fruto de la tesis doctoral llevada a cabo por la profesora Corrado (Universidad de Aix-en-Provence) bajo la dirección de Guy Mercadier, pionero en los estudios de la autobiografía en lengua española. Resulta del mayor interés su fina manera de abordar el análisis de la escritura diarística y la evolución observada en un arco temporal que abarca desde Unamuno hasta Gonzalo Torrente Ballester.

En cuanto al número que presentamos mantiene la estructura de los anteriores, con leves aportaciones. Hemos dividido en dos la anterior sección de *Páginas autobiográficas*, que desaparece. Pensamos agrupar en el *Archivo de la memoria* la publicación de textos, en su mayoría inéditos y extraídos del fondo de la UEB (caso, en el número presente, de José Luis Cano y de Manuel Amat)

pero procedentes de autores reconocidos a los que, en algunos casos, se ha solicitado el texto que publicamos (Emilia de Zuleta, Jesús Pardo o Iris Zavala) mientras que la sección titulada *Escritorio* está abierta a los autores noveles que practican libremente la escritura autobiográfica y que deseamos encuentren en el Boletín un espacio confortable: aquí están Jorge Carrión y Fernando Rodríguez Badimón, quien se ha encargado también de los trabajos de edición de la revista. Se han incluido dos secciones nuevas: una de ellas está todavía muy verde, la hemos titulado *Pantalla* y la intención es que acoja en el futuro las formas del diario en la Red. La sección *Rescate* nos permitirá en adelante la lectura crítica de obras autobiográficas que no son una novedad editorial (y por tanto no pueden figurar en el apartado dedicado a las reseñas) pero cuyo alcance o interés las mantiene vigentes. La sección titulada *Artículos* mantiene su voluntad de ser un espacio de reflexión sobre las posibilidades teóricas y metodológicas que permite el análisis de la escritura autobiográfica. La mirada es plural, naturalmente, y los enfoques así lo atestiguan: véanse las aportaciones de Najib Wasmine sobre las dificultades de desarrollo de la autobiografía en el mundo islámico; de Antonio Castillo Gómez sobre la escritura popular y su estudio en los archivos de la memoria desarrollados en Italia; el acercamiento de Celia Fernández Prieto a la semiótica del lenguaje epistolar amoroso; el ejercicio de genética textual que propone Ana Lourdes de Hériz al disponer de dos relatos reales de la vida de Soledad Real, el magnífico libro de Consuelo García (*Las cárceles de Soledad Real*, hoy inencontrable) dictado por la propia Soledad Real (todavía hay quien piensa que se trata de un personaje literario) y el que está escribiendo ella misma sobre su vida, aunque con muchas dificultades dado lo avanzado de su edad.

Mención aparte merece la generosidad de Philippe Lejeune, Antonio Rabinad y Jesús Pardo. Nuestra deuda es grande pues sin la desinteresada colaboración de escritores y críticos del prestigio de Lejeune, por ejemplo, no habría modo de aspirar a una cierta proyección cultural. Aunque no creo abusar de su confianza si los considero buenos amigos nuestros.